

María Jesús Orbegozo



Hijos del árbol milenario

 Planeta

CAPÍTULO PRIMERO

Fue el destino. Inútil arrepentirse. ¿Si se hubiera marchado inmediatamente a Bilbao? Edipo huyó de Corinto para no matar a su padre ni casarse con su madre, pero en el camino hacia Tebas se cumplió el oráculo y su estirpe pereció en sangre. Antígona, Eteocles, Polinices... Pedro tiembla. ¿Qué sucederá con sus hijos? ¿Qué les deparará el futuro? Teme por ellos, sobre todo por Jon. Iñaki es más mesurado, menos extremista, se parece más a él y eso lo tranquiliza, aunque últimamente Iñaki lo desprecia por su falta de acción política contra el fascismo, se avergüenza por lo que él cree pusilanimidad y por tanto no le sirve de modelo positivo. ¡Cómo duelen las críticas de los hijos! Pero lo entiende. Más adelante comprenderá. Lo importante es que sea fiel a sí mismo, que lo consiga. En cambio, Jon lleva el camino de la destrucción. Está seguro. En cualquier momento puede suceder el desastre. Él está preparado: un tiroteo con la Guardia Civil, un atentado frustrado, un ajuste de cuentas... ¿En su destino estará predeterminado el llanto por la muerte del hijo? Lo ha asumido y lo acatará si llega el momento. Jon lo rechaza a él, rechaza su persona y cuanto significa. Pedro intuye que es ese rechazo el que arrastra a su hijo al abismo. Y por eso, ciego al papel que le ha sido encomendado en la representación de la vida, intenta alejar a Jon de las inclinaciones que lo van a conducir y precipitar al sendero sin retorno de la violencia mesiánica. Y así, el destino se va cumpliendo. Cuando Pedro lo comprende, paralizado por el horror, renuncia a orientar en cualquier sentido la conducta del hijo, pero reserva incólume todo el amor que incondicionalmente siente por él y que está dispuesto a dispensarle sin medida.

Pedro deja vagar la mirada por los amplios ventanales que se abren al mar. ¡Cuántas veces lo ha contemplado! Hasta el punto de que sus ojos se han vuelto grises con los años, tan grises como el Cantábrico en los días de marejadilla. Le parece que el Cantábrico ha tenido siempre color gris. No recuerda si alguna vez fue gris o tan siquiera verde. ¿Cómo fue aquel 18 de julio del 36? Nunca más se repitió ni se repetiría aquel día. Pedro se extraña por pretender rescatar del olvido los sucesos, los objetos y las situaciones que pasaron inadvertidos en el momento. Estaba absorbido por su destino. ¿Iba a ser definitivo el encuentro de la tarde? ¿Qué iba a suceder con la guerra? ¿Qué iba a sucederle a él, a Mariví, a la República, a todos? Ahora se lamenta de no haber prestado atención a la luz, a los colores, al cielo, a la brisa, al mar... Todo había pasado: lo que parecía trascendente —el amor, la historia— con el fluir del tiempo se había mostrado relativo y frágil. Si al menos hubiera grabado indelne algún sonido, alguna visión, algún elemento de la naturaleza eterna que en el presente tuviera la misma nitidez..., entonces cabría dar un sentido esencial a la vida. Pero no lo hizo. Ahora, la guerra estaba lejos, muy lejos. Muertos, sacrificios, dolor, heroísmo, cobardía, vanidad, sueños, pasiones, utopías..., ¿qué quedaba? ¿Y del deslumbramiento del amor? Del deslumbramiento del amor quedaban Pedro y Mariví, dos viejos incommunicados, con las almas heridas y los cuerpos insensibles el uno al otro...

Sol de verano límpido a primeras horas del día. Las gaviotas, mansas, planean del mar al cielo en círculos blancos. El tañido de la campana, arcaico, de tiempos ya idos, despierta sus ansias. El hombre ha madrugado en vacaciones. Se vuelve de espaldas a la playa y camina apresurado hacia la iglesia. Necesita ver a la mujer, verla de nuevo y mirarla, y sentirse mirado, y expresarle su deseo con su presencia y encontrar la respuesta a un mismo afán en los ojos ávidos, inquietos y dulces de ella.

¿Cómo le había sucedido? Fue de golpe, de improvviso, como un rayo, cegador y fulminante. Él se encontraba sentado

en la terraza de un café en el paseo de la playa. Leía el periódico y dejaba vagar la mirada a ratos largos por la arena, por las olas, por los bañistas y por los paseantes. Se preguntaba sorprendido cómo había tomado la decisión de irse de vacaciones al mar en aquellos momentos, en aquellos difíciles momentos que presagiaban la inminencia y la inevitabilidad de la catástrofe. Por un imperativo incomprensible, irracional pero categórico, había abandonado el trabajo, el sindicato, las reuniones y Bilbao. Y movido por aquel impulso irracional, la siguió hasta la iglesia. Hacía muchos años que había dejado de entrar en una, después de un largo e intenso periodo de religiosidad profunda. Ahora le servía de acercamiento a la mujer.

Ella pertenecía a otro mundo. En un pueblo pequeño esas cosas se saben enseguida. ¿Quién se lo había dicho? Todos y ninguno. Comentarios recogidos aquí y allá, en la papelería, en la farmacia, en la pensión, en la barbería: «Es guapa, la señorita Landaburu»; «¡Qué raro, tan guapa, tan rica y sin novio!...»; «En San Sebastián tiene muchos admiradores y pretendientes...»; «Familia de pro: carlista de siempre, muy religiosa y de muchas tierras...». Carlista y religiosa y rica. Pedro se disgustó. ¿Por qué había puesto los ojos en una mujer tan dispar de él?

Era inútil resistirse. Desde que la vio en el paseo de la playa, comprendió que un huracán arrastraba su vida. Ese día levantó los ojos del periódico. La guerra era inevitable, había que prepararse, la República necesitaba ser defendida, él no vacilaba, pero podía perder la vida. El pensamiento de que la muerte podía llegarle muy pronto sin haber dado cumplimiento a su vida le estremeció de horror y el sol lo hirió por su esplendor impasible, por su plenitud fulgurante. Desasosegado e inquieto, su mirada chocó inesperada y bruscamente con ella. Fue sacudido de modo brutal, arrancado de sus pensamientos, del lugar donde se encontraba, del tiempo presente y del apocalíptico futuro, de sí mismo, más allá de su nombre y de su circunstancia... Tembló. Descubrió la belleza y el ansia de contemplarla y no perderla como una pulsión nueva, dominadora y total. Ella pasó a su lado y también lo miró. ¿Impasible? Necesitaba saberlo. A ella debía de haberle sucedido lo mismo.

Siguió con la mirada su paso grácil y majestuoso en dirección al puerto. ¿Temblaban sus hombros? ¿Temblaba su espalda? Así le pareció a Pedro. Los pliegues de su vestido de seda color marfil se balanceaban rítmicos y misteriosos. Ella se alejaba. Él sintió de pronto calor, de pronto frío, y no se reconocía a sí mismo. El hombre que hacía unos instantes temía por el estallido de la guerra y se acongojaba por su futuro y el del país se había perdido tras la irrupción de lo sorprendente, de lo inesperado, de lo avasallador, de la pasión.

Desde entonces, y como un autómatas, Pedro se dirige todas las mañanas a la puerta de la parroquia minutos antes de que termine la misa, y espera impaciente y ansioso a que la mujer se percate de su presencia y corresponda a sus solicitudes.

Así, han pasado varios días. Pedro los cuenta y los recuenta con una vehemencia que le acerca a la desesperación. No ha dejado de leer los periódicos y se preocupa por sus alarmistas noticias. La situación empeora y los signos de la rebelión militar se hacen más claros. ¿Debería regresar a Bilbao inmediatamente? Debería, sin duda, pero no puede, y se recrimina insistentemente por ello. Aquella mujer es el centro de su interés, el sol en torno al cual gira y del que espera recibir luz y calor. Cuando ella traspone el pórtico, él sigue sus pasos, inerte ante su irradiación. Ella lo sabe y hace como si lo ignorara. Él espera y se desespera. No contempla el vaivén de las olas, ni le atrae el cambio de color en la superficie del mar, ni siente paz en el crepúsculo, ni habla en la barbería, ni escribe a los camaradas, ni saborea los buenos platos, el vino o el café, ni responde a las bromas, ni se concentra en la lectura... Es una sucesión de estados de ánimo violentos: reproches, deseo, fantasías desbordadas de conquista y dominio, desánimo, decaimiento, duda, luz, confusión, gozo, caos, temor, empuje... Y no se reconoce en ese desordenado fluir de emociones agolpadas.

Pero la mañana del 18 de julio de 1936 —él está pálido y despeinado, los ojos hundidos brillan de insomnio, de agotamiento, de pasión, de amor y de odio—, la mujer deja caer a sus pies el velo de encaje. Él se inclina como ante una orden sagrada y, sin importarle que le observen y lo que de él pien-

sen, se lleva lentamente y con fervor el velo a los labios antes de entregárselo. La mujer le da las gracias mientras su semblante serio esconde unos ojos que sonríen con complicidad. ¿Una pequeña traición? No, se dice Pedro, un mensaje voluntario.

—Señorita, —pide osadamente—, ¿puede concederme el honor de aceptar una invitación a tomar un excelente desayuno en el café de la playa?

—Muy inusitado para este pueblo, compréndalo. De todos modos, se lo agradezco.

—¿Y no cabe la posibilidad de una invitación menos inusitada, más de acuerdo con las costumbres del lugar?

—Desde luego que sí. Una invitación a merendar en el mismo café.

Y estalla en una risa alegre.

—¿A las seis? —pregunta ella.

—A las seis.

¿Cuánto ha durado la escena? ¿Cuánto ha durado la conversación? ¿Cómo percibir la duración del tiempo si lo sucedido es un cambio radical de la vida, el emerger de un nuevo significado, una divisoria tajante en el decurso del tiempo?

Pedro se siente feliz. Ha sobrevenido lo que no se atrevía a esperar. El resto de las horas del día hasta las seis transcurren lentas, lentísimas, con la lentitud impuesta al deseo que no se puede cumplir. Y se olvida de leer el periódico. O se acomoda en una butaca o se tumba sobre la cama, pero en todo momento entregado a la ensoñación, a saborear cuanto de promesa se manifiesta en las palabras y en la actitud de la mujer. A la hora de comer, desciende de la habitación, y al sentarse en su lugar habitual le llama la atención el nerviosismo de las gentes, su parloteo convulso, su gesticular agitado. «Es la guerra, es la guerra.» Él se niega a preguntar nada. No quiere saber. En ese momento, no. Porque él no debe, no puede ignorar la guerra. Y ha de responder con la energía de sus convicciones. Pero ahora va a descubrir el placer de vivir. La guerra, la defensa de la República, del poder legítimo y de los ideales del socialismo lo van a arrancar de ese mundo desconocido todavía pero abierto en perspectiva. Se siente como un hombre desorienta-

do que, después de caminar durante todo el día por la nieve, perdidas las fuerzas, encuentra un refugio con una chimenea encendida y una sopa caliente y, dispuesto a gozar del reparo, oye repentinas y apremiantes las campanas de la iglesia que repican llamando a apagar un incendio en el bosque. ¿Cómo abandonar la protección, el calor? ¿Cómo no acudir a evitar la catástrofe sumándose a las energías por todos desplegadas, máxime si el refugio se encuentra en medio del bosque en llamas? Podría ser que el exangüe caminante prefiriera quedarse en el refugio, cerrar los ojos, taparse los oídos y esperar, gozando del descanso, el final inevitable.

¿Regresará de inmediato a Bilbao sin acudir a la cita? No. Acudirá a las seis junto a ella y después volverá a Bilbao. Son pocas horas de retraso.

¡Pocas horas de retraso! El rumbo de una vida. ¿Rumbo equivocado? No sabe responder. Pedro se mira las manos arrugadas. Los años... A veces le tiemblan. No son aquellas manos que por primera vez —murmullo de mar sonoro, tacto de luz espléndida, coro de no formuladas palabras— la acariciaron. Papeles, empresas prósperas y empresas en ruinas, sueños perdidos, inocencias destruidas, piedades no expresadas se han deslizado por entre esos dedos que no han sabido retener lo que tuvieron: el amor y la esperanza. Por esos dedos que abrazaron su cuerpo ha huido el deseo. ¡Por ella, sí, por ella dejó de ser fiel a sí mismo! ¿Castigo lo que sobrevino después? Durante aquellas horas, el absoluto detenido y encarnado en la mirada que miraron, en el abrazo que abrazaron, en las palabras que pronunciaron y que callaron, fueron. Simplemente. De su plenitud, ni una estela en las venas azuladas. Mano seca de rama deshojada.

Antes de su cita, Pedro almuerza solo mientras contempla a través de la ventana el mar agitado y gris de la marejadilla. El vaivén de las olas parece engullir las crestas hirsutas. Cierra los ojos. «Es la guerra, es la guerra.» «¿Dónde se han levantado?»

«¿África?» «¿Y Pamplona, y Bilbao, y San Sebastián, y Madrid?» «¿Cuándo?» «¿Ayer?» «¿Anteayer?» De pronto, un apetito voraz le impulsa a comer sordo a los rumores. «¡Dios mío, ha estallado la guerra!» Sorpresa, descanso, miedo, expectativa, curiosidad... Al fin se ha producido, ha llegado. No. Ha estallado. Tanto y tanto tiempo temiéndola, aun a sabiendas de que era inevitable... ¡Qué descanso! Se ha terminado el vigilar ansioso los acontecimientos significativos, el esperar sin esperanza... *Factum est*. Y sigue comiendo ignorante de la agitación que zarandea a los comensales. «Una radio, hace falta una radio —dice alguien—. Hay que pedírsela al director.» «Es inútil, nada dirá», responde otra voz escéptica. Unos paran de comer. La mayoría, en cambio, traga los alimentos como una bandada de pájaros que se abalanza sobre el trigo de los campos, queriendo olvidar la realidad que los acecha, que los envolverá y engullirá a muchos de ellos. Hay que reunirse con las familias. Hay que dirigirse a los lugares seguros. Volver a sus domicilios, ocuparse de sus negocios. Pero aquellos que saben o temen que en sus pueblos o ciudades el poder es de los enemigos no desean volver. ¿Adónde ir? ¿Y el dinero, cómo hacerse con él? Los que tienen hijos en edad de ser movilizados los miran con ojos en los que se profetiza un calvario cierto. Las mujeres piensan en sus maridos, en sus hijos, en sus hermanos, en las vidas que han engendrado y criado, en las vidas que han cuidado y protegido, en las vidas que han atendido y mimado. Una gigantesca guadaña las va a segar implacable y fiera. De nada han servido tantos desvelos, tanto amor... Todas desean que sus entrañas generen nuevas vidas para luchar contra la muerte, para derrotarla una y mil veces, para tener la certidumbre de que sus esfuerzos no han sido inútiles.

Pedro despierta de su ensimismamiento. Telefonará a Bilbao, al partido, al sindicato. Y se incorporará. Siente un impulso en el que convergen el deber, la fidelidad al propio ser y a los suyos, y una fuerza biológica elemental y directa de autodefensa lo sacude y lo determina a la acción. Busca al recepcionista y le pide una conferencia con la sede del partido. Es inútil. La línea está bloqueada. La gente ha abandonado el comedor y se agrupa en el gran salón contiguo como un rebaño de ovejas

que busca abrigo y protección en el refugio. A Pedro le faltan cuatro horas, cuatro largas horas para la cita. Mientras, ha de afanarse. No es posible utilizar el teléfono. Los periódicos nada dicen. Irá al ayuntamiento. Allí tal vez reciba alguna noticia concreta y fiable. No va a quedarse en el hotel en medio de la confusión generalizada. También hay confusión en el ayuntamiento. El alcalde no se deja ver. El secretario sale de un despacho y entra en otro. En la sala de juntas, algunos concejales y personas que, como él, han acudido a informarse. «El domingo. Parece ser que fue el domingo en África. El general Franco.» «¿Y en la Península? —pregunta Pedro—. ¿Qué sucede en la Península?» «No se sabe nada aún —responde un desconocido—. ¿No se puede utilizar el telégrafo?» «Es urgente tener noticias.» «¿Se habrá levantado algún otro general?» «Naturalmente. Franco no se levanta solo.» «Mola, Sanjurjo, Queipo de Llano...» Nombres conocidos —piensa Pedro—. ¿Cuál será el alcance de la rebelión? Sigue concentrándose más gente en la sala de plenos. Irá a poner un telegrama. No tiene sentido. Debe marchar a Bilbao al día siguiente. ¿Y por qué no esa misma tarde? No. Esa tarde tiene una cita con ella.

No vacila. La opción es clara. Posee la certeza de que se trata del destino. Y el destino se impone ineludible.

La tarde pasa lenta, con la lentitud del que sabe que se están produciendo importantes acontecimientos junto a sí y querría tomar parte en ellos pero se encuentra al margen, relegado. En ese pueblo de veraneo, la guerra se reduce a una charla de sobremesa. La guerra tiene lugar en África y en las capitales neurálgicas. Pedro decide ir a la estación para consultar el horario de trenes a Bilbao. Hay uno todas las mañanas a las diez y todas las tardes a las cinco. Si no se producen trastornos, en cualquier momento puede regresar. Mira el reloj del andén: las cuatro tan sólo. Vuelve al hotel. Sube a la habitación y se ducha. Se arregla a la moda del momento: cabello hacia atrás, camisa ancha y pantalones de hilo de color tabaco claro, zapatos beige y marrón, bien afeitado y sin colonia. ¿Se pone o no corbata? Decididamente, sí. A ella le gustará más. Los compañeros del sindicato, si lo vieran así, le ha-

rían bromas. Sonríe satisfecho. Baja a recepción y pregunta si hay alguna novedad. Nada seguro. Rumores de que Pamplona se ha rebelado. Era de prever —piensa Pedro—, y ella estará con los rebeldes. Carlista, católica, de familia acaudalada... No importa. A Pedro le duele el alma, pero no importa. No importa tampoco que duela el alma. La suerte está echada, para bien y para mal.

Para bien y para mal... Sin ella habría muerto. Sin ella no tendría estos hijos. Sin ella no habría saboreado el dulce fruto de la juventud. Sin ella no habría gozado del amor total. No obstante, por ella se perdió parte de sí mismo y de su libertad. A la pasión le sucedió la indiferencia; a la comunicación, el silencio.

Mariví entra en el salón y se sienta junto a él frente al mar.

—Pedro, acaban de informar en la radio de que la policía ha matado en un control a un militante de ETA que no se detuvo cuando le fue pedida la documentación. No se conoce por ahora su identidad y...

Le tiembla la voz. Está a punto de llorar. Se encoge en el sillón sin atreverse a mirar a Pedro ni a buscar protección en sus brazos. Él la contempla compasivo y se estremece por Jon.

—Calma, mujer, calma. Si hubiera sido él, ya nos habrían informado... Serénate.

Pedro le pasa el brazo por encima de los hombros y la atrae hacia sí como a una niña pequeña sin decir más palabras. Mariví llora, llora mansa y profundamente. No rechaza el consuelo que le ofrece Pedro, pues no sabe ofrecerle otra clase de consuelo. Lloro por el hijo y llora por sí misma. Si le arrebatan a ese hijo, la destruyen. Jon fue engendrado cuando Pedro la amaba. Ella estaba contenta con Iñaki y con Arantxa. Él, sin embargo, deseaba otro hijo varón y ella consiguió satisfacer su deseo. Pedro le guardaba una gratitud indestructible por ello. Y todavía hoy, lo único que comparten, lo único que poseen en común son esos hijos. Un hijo, Iñaki, que no los ha obede-

cido, y un hijo, Jon, que pretende herirlos destruyéndose a sí mismo. Más a Pedro que a ella. ¿O se engaña? Jon siempre cree estar en lo cierto. A ella se le había enfrentado numerosas veces y le recriminaba su visión del mundo, de la religión, de la política, de la familia, del sexo... Todo. Pero Mariví comprendía que estaba asustado, y si le recriminaba a ella era porque no la temía, porque estaba seguro de no recibir ningún ataque de su madre. Tradicional, desbordada por la vida nueva, así la veían Iñaki y Jon, pero también protectora, puerto seguro. Mariví siente gratitud hacia ellos. El hecho de que necesiten de sus atenciones maternas proporciona un sentido preciso y tangible a su vida, por lo demás triste. Pedro no la ama desde hace muchos años. ¿Cómo ha podido soportarlo? No lo comprende. No se debe al temor a las críticas del entorno por una separación. Esas cosas poco le importan. Quizá le da fuerzas el que un amor profundo, total, aunque se degrade, y precisamente porque se degrada, ha de ser asumido para siempre, para toda la vida y para la eternidad. Ha llorado mucho. Sobre todo al principio, cuando comenzó a darse cuenta de que la pasión de Pedro se iba aplacando. Y después, ha llorado de miedo al observar que lo mismo le estaba sucediendo a ella. No había que preguntarse por qué. Simplemente era así. Pero se estimaban aún. Se respetaban. Se apreciaban. Y la estima, el respeto y el aprecio perduraban inmutables. ¿Cuál es la naturaleza del deseo, al que el tiempo mengua, mientras que acrecienta el afecto?

Mariví ha dejado de llorar y guarda silencio. Pedro no sabe qué hacer. La situación lo incomoda. Su brazo sigue en el hombro de su mujer pero ya ha dejado de expresarle apoyo. Sin embargo, resultaría demasiado brusco y violento retirárselo.

—Si quieres —propone para romper la tensión—, teléfono a la policía.

—No, por favor —le reprime ella—. No quiero que hables con la policía. No quiero que les recuerdes su nombre, su existencia. Tienes razón: si ha sucedido algo —la voz se le quiebra nuevamente—, ya nos avisarán. Ahora me retiro a mi habitación. Voy a rezar.

¿La tarde de la cita dijo en algún momento que iba a rezar? Pedro no lo recuerda. Los recuerdos no son dóciles. Seguramente, sí. Es impropio de Mariví no rezar en los momentos decisivos. Le había resultado difícil entender la fe de ella y, a veces, hasta se había burlado, pero Mariví no se lo consintió: «Eres mezquino, soberbio e intolerante.» Pedro callaba ante la vehemencia del ataque. Le gustaba su carácter. Fue la pasión que adivinó en ella lo que le atrajo desde el primer momento. Era una pasión a veces controlada, a veces en intensa concentración y, a veces, raras pero definitivas, en impetuoso desbordamiento.

Pedro ha llegado al café unos minutos antes de las seis. Por impaciencia y por cortesía, porque no resiste la espera y porque no quiere que ella tenga que aguardarlo. El lugar está abarrotadísimo: los rumores han sacado a la gente de sus casas para palpar lo extraordinario, para no dejar pasar a su lado los grandes acontecimientos. Le desagrada. Pedro necesita intimidad, quietud, silencio. En cambio, voces, entradas y salidas constantes, sillas arrastradas, camareros veloces entre las mesas, sollozos de enamoradas y hasta griterío de niños... De pronto, Mariví traspasa el umbral. Las voces se apagan, el estrépito cesa, la confusión se borra. Sólo ella con su aura de luz en un espacio flotante, sin contornos, infinito... Pedro se siente desfallecer. Haciendo un esfuerzo se levanta y la llama con un movimiento pendular del brazo.

Sabe que Mariví se encaminará hacia él, lo sabe. Ella desde la puerta sonríe, y la sonrisa la transfigura, y transfigura el local, y transfigura a Pedro. Llega alada, sonrisa y luz, cuerpo ingravido pero no inextenso y se sienta frente a él. Mirada de espejo en el que se reflejan todas las miradas, todos los mares.

—La realidad ha cambiado —dice escueta y sobriamente ella.

La frase, en apariencia vana, se carga en sus labios de múltiples significados: ¿la guerra?, ¿sus sentimientos?, ¿el amor?, ¿la pérdida de sí?, ¿la presencia del fin?...

Mientras Pedro piensa, Mariví añade:

—Sé mucho de ti, pero nada importa, porque esta fuerza que has hecho brotar en mí lo es todo, y me dice que tu verdad (cuenten lo que cuenten, hagas lo que hagas, pienses lo que pienses, creas lo que creas) es aquello que en mí ha despertado. Por eso he venido con una intención que no es la de esta mañana.

¿Nada importa? Pedro sabe que en cierto modo es así. También él sabe de ella y está dispuesto a no impedir nada que deba ser. Pero antes de que pronuncie una sola palabra, Mariví continúa:

—No digas nada. Espera. —Y se inclina hacia él en un movimiento involuntario, transparente y claro—. Esta guerra nos obliga a mirar la realidad con otros ojos, porque la realidad no es la misma cuando sobre ella cae la muerte desplegando sus alas gigantes. Es el fin. El fin incluso para los que sobrevivan. No es tiempo de vacilaciones. Es tiempo de sacudirse los temores, las habituales certezas, y de precipitarse en las aguas desbordadas de la vida y de la muerte.

Mariví hace una pausa, sonríe y continúa:

—Ya sé. Ya sé que te estás preguntando de qué estoy hablando. ¿No es así?

Para Pedro es y no es así. Él querría comprender más, al tiempo que cree comprender por completo, y querría no sentir la impaciencia por adivinar las palabras de Mariví.

—Es y no es así —responde Pedro—. Estás aquí, ha estallado la guerra pero has venido. Y sabes quién soy y sabes quién eres. También yo, cuando te invité, te conocía.

Silencio.

—¿Me conocías? —pregunta Mariví desconcertada—. ¿Qué conocías de mí? ¿Cómo?

—¿Qué respuesta deseas? —insinúa Pedro—. Podría halagar tu vanidad, pues me dijeron que eras muy bella, muy joven, muy rica y con grandes dotes de seducción. Pero no es esto lo que quiero decir. Cuando digo que te conocía me refiero a que tu familia, tu nombre y tu posición representan aquello contra lo que he luchado.

De repente, Pedro es consciente de sus palabras y al instante rectifica:

—No. Debes perdonarme. Tampoco es esto exactamente lo que te quiero decir, aunque es preciso que no lo ignores para que comprendas el alcance de mi pasión..., de mi amor... ¿Qué me has hecho? No soy el mismo hombre. Para bien y para mal. No lo siento y sí lo siento. Sí, lo siento. Pero me arrastras, me deslumbras, me atraes hacia ti, que es a un fondo de mí mismo desconocido. Te temo y te necesito. El nuevo hombre que soy me disgusta y, sin embargo, lo soy. Soy esta fuerza oscura y dominadora, soy esta sed de vida absoluta y total, soy esta búsqueda, impulso sin nombre y sin final, de aplacamiento inalcanzable... Soy un hombre herido, herido de vida y de muerte. Soy un pozo oscuro y hondo. Tú eres la luz y la oscuridad, y la flecha también... Y el agua... Estoy a tus pies suplicante, pero di: ¿qué es lo que te estoy suplicando?

—Que te ame. Que te ampare y te colme hasta el punto de que vuelvas a encontrarte y te reconozcas, aunque transformado. Yo, mírame bien, estoy dispuesta. ¿Soy muy osada?

—Calla, calla un momento. Parece que en este instante no lo eres.

Se contemplan ensimismados y en silencio. ¿Cuánto tiempo? El sol camina lentamente hacia el ocaso descansando sobre el mar como un disco gigante, redondez total, que nada supiera de las noticias del día, de la cruel guerra que acaba de ser desencadenada. La superficie del mar, gris brillante, sin apenas ondas, refleja, generoso espejo, la luz herida del atardecer. Saltan del agua destellos de plata y oro, como saetas hirientes.

—Pedro, tengo miedo, mucho miedo. A esta guerra, a la muerte. Mira este café: qué multitud, cuánta aparente vitalidad... Sin embargo, como una nube sombría, esta guerra enturbia todos nuestros pensamientos, todas nuestras emociones. Tanto si callamos como si hablamos. Sobre todo, si hablamos. ¿Por qué si no estoy aquí contigo convertida en una mujer diferente de la de esta mañana? Oh, Pedro. ¿Moriremos?

Antes de que él intente responder, Mariví prosigue:

—Calla... No me interrumpas. Antes de morir, si es que es

mi destino, quiero vivir. Esta mañana yo no me preguntaba por mi destino. Ni siquiera sabía que había un destino. Acepté tu invitación turbada, atraída y con prevención. Después telefonaron a casa. Papá se quedó taciturno. Nos llamó a todos a su despacho y con gran solemnidad nos comunicó la noticia del alzamiento. Mamá se echó a llorar. Luego papá les dijo a mis hermanos: «Es la guerra. Tendréis que incorporaros a filas y tendréis que luchar siempre con honor. Dios quiere que acabe pronto y que todos volvamos a abrazarnos sin ninguna ausencia. Vosotras —refiriéndose a mamá y a mí— tendréis que ser fuertes. Como en todas las guerras, grandes sufrimientos recaerán sobre las mujeres y, como en todas las guerras, las mujeres seréis el sostén de todos los hombres.» ¿Yo, sostén? ¿Qué puedo sostener yo, Pedro? Me asusté mucho y no supe calmar a mamá. ¿Te imaginas mi casa vacía sin mis hermanos, y siempre temiendo por sus vidas? Papá y mamá no son todavía ancianos, pero de todos modos... Yo no puedo sustituir a mis hermanos, ni quiero. Y, además, ahora, depende de ti y de mí... No sé si me quedaré con ellos por mucho tiempo.

En ese momento Pedro desearía preguntarle qué es lo que ha querido decir exactamente con esa última frase, pero se contiene. Lo sabe, y si lo hiciera, sus palabras sonarían vacuas e incluso atemorizadas.

Ella prosigue:

—Ya se han alistado voluntarios. ¡Esta misma mañana! Yo no sé... Lo aplaudo, me emocionan... Y, a la vez, me parece horrible... Yo no lo haría si fuera hombre... Ir a matar, ir a morir... La muerte nos arrastrará a todos... ¿Cuál va a ser nuestra suerte? Mis pensamientos se disparan... Paso de una ansiosa exaltación a un decaimiento profundo... ¡Qué día confuso y terrible, el de hoy! Primero tú, esta mañana, al fin me has hablado. Y después, nuestra cita. De pronto, sin tiempo para gozar de nuestro encuentro, la terrible noticia de la guerra... Y tan confusa... Sabíamos todos que iba a llegar... ¿Cuánto durará? En casa no se ha tomado con ninguna alegría... Mi padre conoció el desastre de Cuba... Lo vivió en propia piel y no guarda la menor consideración por el heroísmo. Sin embar-

go, cree en el deber de participar cuando es necesario. Yo no lo comprendo. Yo, de haber sido él, de haber vivido las penosas calamidades que le tocaron en suerte, habría incitado a mis hijos a huir, a salvarse. ¿Por qué, ¡Dios mío!, ya están incorporados a filas? Son hijos de un carlista, herederos, como yo misma, de una tradición católica, y no han dudado de qué España quieren defender. Pero todavía ayer, hablando conmigo, decían que había que luchar en las urnas. No deseaban una rebelión del ejército. Y, a pesar de ello, están ya militarizados... Tiemblo, ¿sabes?

Su silencio hiere las horas del atardecer. Pedro desea hablarle y conjurar con sus palabras los males inevitables que los acechan. Sabe que nada del horror les va a ser evitado. Conoce con antelación, como un vate, el hambre, el frío, la soledad, las heridas que los aguardan seguros, inevitables, durante un largo trayecto. No se engaña con ilusiones acerca de la brevedad de la guerra: ninguna guerra es breve, todas son lo suficientemente largas como para dejar una secuela imborrable de penalidades sin límite. A ellos también han de alcanzarlos. Serán tragados por la vorágine de la destrucción antes o después.

Pedro apenas se atreve a preguntarse por su amor. ¿Qué va a hacer? ¿Qué puede hacer? ¿Es que puede hacer algo?

Nuevamente es ella quien habla:

—No dices nada porque con tu mirada me estás diciendo todo. Creo que adivino tus pensamientos. Tu prudencia y tu mesura te conducen a mirar de frente a la realidad. Y no te equivocas del todo. Pero tampoco aciertas por completo. Pedro, hagamos lo que hagamos, nuestro destino está trazado. Es inevitable. Hagamos entonces aquello que deseamos. No sé si traiciono a los míos, si me traiciono a mí misma, al abandonarlos por ti. Pero yo me voy contigo, casada, pero me voy contigo.

Pedro sonríe. Así ha de ser. Estaba escrito desde que se conocieron, como estaba escrito que habían de amarse con pasión incluso contra sí mismos, como estaba escrito y cifrado su futuro todavía ilegible.

—Salgamos de aquí —propone Pedro.

Caminan separados mientras pasean por el malecón contemplando el mar.

Mariví se olvida de sí misma. La superficie del mar y el sol fundidos en un límite inalcanzable pero realmente percibido —línea borrosa entre superficies azules y doradas— detiene el movimiento de las aguas y del sol en un brillo refulgente, luz de aguas profundas y de altos cielos, que disuelve toda finitud.

Pedro se ahoga. Se ahoga de agua, de luz y de pasión. No necesita tocarla, no necesita mirarla, no necesita su voz: ella se ha hecho uno con el mar, con el sol, con el cielo, y lo ha convertido a él en una gota condensada de ese mar extenso y eterno. No cobran conciencia de que van andando hasta que se encuentran al final del malecón.

—Pedro, tienes que volver a Bilbao. Tienes que saber lo que está sucediendo allí.

—¿Vendrás conmigo?

—Sí, Pedro. Iré contigo, pero nos hemos de casar. Aquí o allí, donde sea más fácil.

Van al hotel. Tampoco ahora logra Pedro comunicación: las líneas están sobrecargadas. Es, al menos, la explicación que se ofrece. Tal vez se halla en zona enemiga. En ese caso, no debe quedarse más tiempo.

—Mañana mismo partimos para Bilbao —le dice a Mariví con voz absolutamente decidida.

—Voy a recoger mis cosas.

—Piensa en la ropa de invierno sobre todo.

—Y en el dinero también.

Por primera vez se abrazan y se besan. En público. En el vestíbulo del hotel. Pero no saben dónde se encuentran. El espacio es el espacio de sus cuerpos fundidos, inextenso, ilimitado, intemporal. Mariví está llorando:

—Pedro, yo no sabía que esto fuera tan... tan... así...

—Iré más tarde a hablar con tus padres.

—Quizá sea mejor que no aparezcas. Incluso no sé si decirles nada...

—Iré, mujer, no temas. Te quiero. No podemos partir sin explicárselo, sin despedirnos.

Vuelven a besarse con sed de todo el ser.

Pedro acompaña a Mariví hasta la puerta del hotel. Ella camina decidida. Pedro la contempla un instante: su silueta grácil está llena de energía. Sus pasos son firmes pero ligeros. Ese cuerpo visto de espaldas, que se aleja, no está separado de él. No existe espacio entre ellos. Mariví vuelve la cabeza, le sonríe y le saluda con la mano. Sabe que pronto va a abrazarlo otra vez y para siempre. Pedro no quiere separarse de la puerta ni entrar en el hotel, pero tiene que hacer las maletas, recoger la correspondencia y la prensa, lavarse y arreglarse de nuevo para visitar a los padres de Mariví. Es decir, tiene que salir del círculo mágico que los envuelve a los dos y regresar a la cotidianidad, a los actos regidos por fines inmediatos... Bien, si ha de hacerlo, adelante... Pero incluso los actos regidos por fines inmediatos se han tornado leves, no pesan. Están encuadrados en otro fin autónomo, más rico, vivo, ella, el amor... Atraviesa el vestíbulo y sube la escalera de dos en dos.

En poco tiempo, Mariví se encuentra ya ante la verja del jardín. No sabe qué va a decirles a sus padres ni cómo. Se sentirán dolidos en sus sentimientos y creencias, abandonados... ¡La primera tribulación que va a causarles! Ha caído la tarde. El césped gotea recién regado. Las rosas de las veredas, abiertas, despiden a la plenitud del día transcurrido con un aroma dulce en el que todavía son ellas mismas. El hermoso tilo plantado por la abuela protege con su sombra los escalones que acceden a la puerta. El tilo que ha contemplado todos los veranos desde su infancia. El tilo bajo el cual su padre, en otros atardeceres lejanos, les narraba a los tres niños la derrota de Cuba: polvo seco en los labios, luces rojas de fuego y llanto en los ojos, rastro negro de velas para siempre arriadas en los mares, gritos de los heridos en los cuerpos y en las almas... Su padre había ido a la guerra creyendo que iba a defender valores imperecederos como la patria, la cultura o el futuro, y se encontró con una realidad terrible: mezquindad de los gobernantes, desconocimiento de las fuerzas del enemigo y sobrevaloración de las propias, retraso del potencial militar, impericia en el ejército, el engaño en la prensa, la indiferencia de las gentes, la humillación y, por todas partes, las

lacras y las miserias de los cuerpos amputados y de los espíritus malheridos... ¿Qué había sido aquella guerra? Un viaje a través de la destrucción miserable, un viaje en el que las alforjas repletas de vituallas se habían vaciado antes de lo previsto y sólo cargaban con el peso del vacío, un viaje sin fin hacia la pérdida de todo lo que de noble e ideal había entrevisto y perseguido en su juventud. Y, además, la muerte inútil e injusta de amigos y desconocidos arrastrados al fondo de las aguas silentes.

Ahora, el tilo de los primeros ensueños de amor parece más oscuro en este atardecer imprevisto y definitivo. Más allá, sus ojos ascienden hacia la hiedra tupida y brillante que trepa hasta la ventana de su habitación, la que ha ocupado desde que nació, en el ángulo de la primera planta, todos los veranos. Hoy subirá por última vez para llevarse con los bienes absolutamente necesarios el primer dolor imborrable.

Toca el timbre.

—Buenas tardes, señorita —saluda como todos los días el mayordomo.

—Buenas tardes, Ignacio. —Hay una gravedad insólita en su voz, pero el fiel Ignacio está habituado a exhibir un rostro imperturbable—. La señora la está esperando hace tiempo en el salón.

Mariví no duda que lleva esperándola desde que salió de casa. Ella no se lo había dicho, pero su madre había adivinado que tenía una cita con un hombre y que la cita era importante. No ha tardado en regresar. Sus hermanos se habían alistado esa misma mañana y sabía que su madre estaría impaciente por ella. No está acostumbrada a la casa vacía. ¿Tendrá, además, alguna nueva noticia acerca de la guerra?

Se detiene un instante junto a la puerta del salón. Va a traspasar un umbral definitivo: después habrá sido entendida o no, seguirá siendo amada o será rechazada, ocupará un lugar en sus corazones o será expulsada de ellos...

Entra decidida. Su madre está sentada con los ojos cerrados y con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. ¿Duerme, sueña, piensa...?

—Mamá —dice Mariví con voz apenas perceptible.

—¿Eres tú, hija? Ven, acércate —ordena sin abrir los ojos.

—¿Qué sucede, mamá?

—Tantas cosas... Pero ven, háblame.

Ahora sí abre los ojos y mira de frente a su hija. Mariví siente que, al tiempo que la llama hacia sí, está ausente; que su llamada brota de lejos, más allá del interés. No está pensando en ella. Pero la necesita. Necesita su presencia, su compañía, sus palabras. ¡Qué frágil ve a su madre, hundida en la butaca, perdida en recuerdos del pasado o en preocupaciones actuales...!

—Mamá, ¿me escuchas?

—Dime, hija, te escucho...

Sí, parece que la escucha. Ahora la mira fijamente sin ninguna neblina en los ojos y le sonríe:

—Cuánto te he echado de menos esta tarde, hija. En estas circunstancias... Pensaba que en la calle podía sucederte cualquier desastre. Temía por ti. Y por tus hermanos también, ¡su partida ha sido tan repentina! He intentado hablar con tu padre, pero él no podía. Se ha encerrado en el despacho, me ha dicho que a escribir unas cartas. Yo no lo creo. Estará sufriendo en soledad. Rememorando los males de la guerra de Cuba y adelantando los que ésta va a depararnos. Lo he dejado solo. Hay momentos en que es mejor estar solo. ¿Se dice algo nuevo por la calle?

—No lo sé, mamá. No he hablado apenas con nadie.

—¿Qué has hecho, entonces? ¿Tú también necesitabas estar sola?

—No, mamá. No es eso. Mírame bien. Estoy enamorada...

Resplandece al decirlo. Su madre sonríe:

—Conque era eso... ¿Y...?

—Mamá, soy feliz, soy muy feliz, todo lo feliz que se puede ser teniendo en cuenta la guerra y... —vacila unos segundos— teniendo en cuenta que él no os va a gustar...

Su madre guarda silencio y espera.

—No os puede gustar, ya lo sé. Él no piensa como nosotros. Él es socialista, mamá. Y mañana mismo se va a Bilbao. Tiene que estar allí con los suyos. Escúchame e intenta com-

prenderme, mamá. Me voy con él. Estoy decidida. No es ningún capricho. Es la decisión más importante de mi vida. ¡Oh, mamá...!

Se lanza en brazos de su madre llorando. Su madre la abraza y le acaricia los cabellos. Deja pasar unos instantes. Luego dice:

—¿Mañana te vas? Así..., de pronto... ¿No puedes aplazarlo unos días, un mes?

—En otras circunstancias, no sería urgente... Pero con la guerra... ¡Quién sabe lo que nos puede suceder mañana, hoy mismo...! Tengo que vivir este amor... Si no lo viviera, me habría llegado la muerte...

—El amor verdadero a veces espera y a veces urge con premura. Eso lo entiendo. Pero ¿estás segura de amarlo? En todas las guerras las parejas se casan con precipitación, para apostar contra la muerte. Luego..., muy pronto se desvanece el espejismo...

—Lo quiero. Me ha despertado, mamá. Ha hecho brotar en mí una fuerza desconocida de vida, una necesidad de afirmarla, que sólo con él puede cumplirse.

—¿Y esas diferencias de que me hablabas? ¿Son baladíes?

—Son importantes, muy importantes. Desde luego tendré que enfrentarme a ellas día a día. Pero es de él de quien me he enamorado y él es como es. Creo que, con todo, le resulta más difícil a él aceptarme como soy. Sin embargo, a través de mí, él es conducido hasta las raíces mismas de su ser. Por eso es inevitable.

—¿Cómo se llama?

La pregunta desconcierta a Mariví. Algo tan banal, tan concreto, tan indiferente en verdad... ¿Por qué esa pregunta? Ella desearía seguir y seguir hablando de ese amor...

Su madre, en cambio, sabe lo que es el amor. No necesita hablar nada más. Y, puesto que Mariví está enamorada, hay que afrontar los hechos. Por inesperados, por desagradables que sean. La pregunta, precisamente por su concreción, le facilita el acercamiento al hombre que ha despertado a su hija al amor, al hombre que —desde luego no le gusta— ha conducido a su hija a lo inevitable. Tiene que conocerlo, afe-

rrarlo de alguna manera si ha de llevarse mañana mismo a su hija.

—Se llama Pedro. Pero eso, ¿te importa?

—Es un nombre sólido, piedra, fundamento de una gran construcción. Sí, me importa.

—No te entiendo, mamá.

—Hija, tu marcha me aturde. Estoy confundida.

—Lo sé, mamá. Y me habría gustado que fuera de otro modo: la gran boda que hemos soñado juntas, vestida de blanco, con damas de honor, música y una gran fiesta... Será una boda discreta, en soledad, sin invitados. Nos casaremos inmediatamente, en cuanto estén resueltos los trámites legales. Pedro está dispuesto a someterse a las condiciones que yo imponga para el matrimonio. Para él, un matrimonio religioso es una gran concesión.

—No me refería exactamente a eso, bueno..., sí, también... Pero ¿cómo vais a vivir, dónde, de qué?

—Todo se andará, mamá. En Bilbao, claro. Él trabaja allí, es abogado —y en voz muy baja, añade—... del sindicato. Además, hasta el momento de la boda, Pedro me ofrece su piso y él se instalará en un hotel.

—Veo que has pensado en todo...

Entonces calla, perpleja. Observa que el amor de su hija es apasionado y, al tiempo, lúcido. En verdad, no le sorprende tanto. Lo cruel es el momento... Sus hijos luchando en el frente, al otro lado del que se va a situar su hija. Comienza un desgarrar para el que no estaba preparada. A partir de ahora, nunca tendrá paz. Venza quien venza en las batallas, todos lucharán, se desgastarán y se herirán. Todos perderán. Con tal saber, ¿cómo soportar los largos días que acaban de empezar? Suspira y se le escapan unas lágrimas indóciles que habría preferido contener.

—La casa dividida, los corazones partidos... Los chicos a un lado y tú, hija, al otro...

Las dos mujeres se abrazan sin palabras dejando que sus lágrimas se confundan... Al cabo de un rato, la madre, siempre pendiente de las realidades urgentes, apremia:

—Hay que decírselo a tu padre.

Se expresa con cautela. No le va a gustar a su marido, aunque quizá sí lo entienda. Y a la vez, ella ha de ayudar a su hija, para lo cual tiene que recobrar su aplomo y su lucidez.

—Creo que será preferible que le hable yo primero...

—Mamá —objeta Mariví—, entiendo tus razones. Pero hay momentos en que uno mismo ha de intervenir directamente, sin delegados, sin mediación.

—Sí, sí, desde luego —concede la madre a la idea planteada en teoría—, no lo niego. Pero en este caso se trata de ver cuál es la mejor manera de dar la noticia a tu padre, la que le produzca menos sobresalto y le permita entender una situación tan inesperada, tan imprevista, para asimilarla antes de que pueda decirte algunas palabras. Dale la oportunidad de poder hacer de padre.

Mariví no es prudente y se siente arrastrada por un ímpetu desordenado. Sin embargo, no quiere herir a sus padres más de lo necesario y, por otro lado, sin ser consciente de ello, le conviene que todo se desarrolle de la manera más favorable para sí misma. La madre adivina la vacilación de su hija y sale de la habitación en busca de su marido.

Entonces Mariví se levanta y se acerca al balcón. Los visillos transparentes flotan con una blancura vaporosa y ondulante. Penetra del jardín el aroma húmedo de la tierra aplacada por el agua fresca del regadío. Los últimos rayos del sol, heridos definitivamente, se derrumban en el ocaso.

Más tarde suena el timbre. Mariví se estremece con un temblor metálico, como si su cuerpo fuera una caja de resonancia. Es él, es Pedro. Él, el amor, la presencia anhelada, el desasosiego y la calma. Pero él allí, en la casa de sus padres; en el ámbito de sus juegos infantiles y de sus sueños de adolescente; en el territorio explorado desde los primeros pasos y nombrado con las primeras palabras; en el paraíso perdido del tiempo mítico; en el refugio de la contienda exterior para sus padres. No es el marco adecuado para él. ¡Cómo no va a percibir su padre la disonancia! Mariví siente temor.

El fiel Ignacio introduce a Pedro en el salón. Mariví y él se besan con timidez y con temblor en las mejillas.

—Siéntate, Pedro, aquí a mi lado. Mamá ya lo sabe y ahora

está hablando con papá. No tardarán. Ella es práctica. No nos hará esperar.

—¿Qué temes?

—No sé. No lo sé. Estoy muy nerviosa. No quiero hablar. Me resulta muy difícil tenerte en este salón e imaginar una conversación entre mis padres y tú. Y no sé qué voy a decir yo... No quiero ni pensarlo...

—No lo pienses, entonces.

Pedro acaricia sus manos y lo hace con seguridad. Ha llegado resuelto: la decisión más ardua de tomar era respecto a sí mismo. Lo demás es fácil. Sabe cómo hablarles a los padres de Mariví. La mira y sabe que encontrarla en esa habitación, en esa casa —¿cuántos juegos, cuántos deseos, cuántas ilusiones y cuántas penas han albergado?— va a desasosegarlo, pero está preparado para aceptar el desasosiego. También sabe que tales espacios son el símbolo de todo lo que los separa, y sabe que, aun cuando Mariví se vaya con él, los llevará en su interior, formando parte de sí misma, de su nombre, de su ser... Él no hará nada para que ella olvide, no se vive en el olvido. El presente es una sucesión de los momentos pasados. La mujer que él ama, la mujer que él busca, la mujer que él desea ha nacido, ha crecido y ha vivido ahí.

Inmerso en sus reflexiones, la abraza con ímpetu. Ha desaparecido toda inhibición, todo freno. Ella no se abandona. Se mantiene a la expectativa, tensa... Oye los pasos de sus padres, que se acercan.

Entran por fin. Pedro se levanta y les tiende la mano. A la señora Landaburu primero, al señor Landaburu después. El señor Landaburu no sonríe, aunque sí responde al ademán. La señora, sí, pero con sonrisa incierta, temblorosa.

—Mire, puesto que usted viene a comunicarnos su firme decisión de contraer matrimonio con nuestra hija y puesto que ella así lo desea también, le hablaré con la claridad que las circunstancias requieren. No le oculto que tal matrimonio no me satisface: es precipitado y un anciano como yo desconfía de la pasión. Esta guerra, que en modo alguno he auspiciado y que me produce honda congoja, puede ser muy dolorosa y muy larga. Usted se sitúa en el bando contra el que están lu-

chando mis hijos varones y cuya derrota espero, y usted se lleva a mi hija a un mundo que no es el suyo, al que no pertenece por sí misma y al que seguramente ni a través de usted llegará a pertenecer y, aun más, a un mundo que es incluso probable que no quiera aceptarla nunca. Usted se la va a llevar a la otra zona. Y sabe que, en guerra, las fronteras de los enemigos difícilmente se pueden franquear. Para nosotros, aunque Bilbao no esté lejos, es inalcanzable. Usted nos la arrebató y la conduce a un oscuro abismo de incertidumbres y riesgos. No puede esperar nuestra aquiescencia. Pero no lo vamos a impedir. Mariví, hija —bruscamente se dirige a ella manteniendo el porte digno, la actitud noble y la mirada dulce y triste—, eres libre.

—Papá... —le abraza llorando—, papá..., no sé qué decirte... Esto no lo olvidaré nunca...

Los cuatro siguen de pie.

—¿Cuándo te vas, hija? —pregunta el señor Landaburu.

—Muy pronto, enseguida...

—Necesitarás hacer algún equipaje.

—Sí, papá. Ahora mismo subo.

—Yo te ayudaré —se ofrece la señora Landaburu.

Mariví vacila. No quiere dejar solos a Pedro y a su padre.

—Sube, sube, no te preocupes por nosotros.

El señor Landaburu pierde su empaque en cuanto Mariví abandona el salón. Se deja caer abatido en un sillón, con la cabeza inclinada y los ojos bajos.

Tras unos instantes de silencio, como muestra de respeto al dolor, Pedro le dice:

—Créame, señor, que lo siento. Todas las razones que usted ha expuesto me las he formulado muchas veces durante estos días. Pero no está en mi poder huir de este amor. Es mi sino. Y le diré que me produce miedo. No pretendo ganarme su benevolencia. Simplemente deseo ser sincero con usted. Si se tratara de mi hija, mis palabras para con ella habrían sido las mismas que hace un momento me ha dirigido usted.

—¿Ha contemplado —replica el señor Landaburu con rabia—, y perdóneme si le ofendo, pues en modo alguno es mi deseo, que ella puede quedarse absolutamente sola en un medio hostil y alejada irremediabilmente de su familia?

—Señor, yo puedo morir. Y también ella y todos nosotros... De la muerte no somos dueños. Y creo..., creo que de la vida, tampoco.

—Por favor, no prosiga. No hará sino acrecentar mi dolor y mi inquietud. Si ha de irse —continúa después de una pausa—, que se vaya. Suceda lo que suceda, y al margen de nuestros deseos, usted es y será el marido de nuestra hija.

—Gracias, señor.

Mariví, entretanto, dispone resuelta sus enseres. Su madre le aconseja:

—Llévate sólo lo necesario. ¿Para qué llevar peso?

—Aunque haya guerra, mamá, hacen falta muchas cosas para vivir —le dice mientras clasifica previsora diferentes montones de ropa, ajuar, dinero y libretas de banco—. No sé cuando podré volver, mamá.

—No me lo digas, hija. —Y nuevamente se abrazan.

—Vamos, mamá. No les hagamos esperar más.

Ignacio, el mayordomo, baja el equipaje al vestíbulo, donde guardará a la mañana siguiente. Cuando Mariví entra en el salón, se sorprende. No hay tensión entre los dos hombres. Guardan un silencio mutuamente respetuoso de espera. Se levantan al tiempo cuando las ven entrar. El señor Landaburu se acerca a su hija diciendo:

—¿Ya está todo?

—Papá...

Mariví lo abraza sin llorar esta vez, con profunda gratitud. No necesita ninguna explicación. Ha comprendido que entre su padre y Pedro se ha instaurado un sólido acuerdo en la distancia de sus respectivas posiciones.

¿Fue un mal momento? Aquel 18 de julio del 36, cuando se dirigió a casa de la mujer amada a presentarse ante sus padres, iba nervioso. Reconocía que no era ni el día ni el modo adecuado para darse a conocer ante ellos. Y, sin embargo, a pesar de lo desfavorable de la circunstancia, se había ganado el respeto del señor Landaburu. ¿Quién lo habría pensado?